

FIRMES PASOS DEL PAPA FRANCISCO.

--Senderos de percepción y análisis--

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.
Academia Mexicana de la Historia.

1.- Jorge Mario Bergoglio, hombre de Dios para los demás.

_Hemos de agradecer al Rabino Abraham Skorka y a los periodistas Sergio Rubin y Francesca Ambrogetti que nos hayan dado la posibilidad de conocer sin prejuicio alguno —pues no era aún el Papa Francisco— a Jorge Mario Bergoglio, a través de conversaciones que tuvieron en distintos momentos con él. La puesta por escrito de las primeras se publicaron con el título de *Sobre el cielo y la tierra*¹ y las segundas en: *El jesuita*.² Sus líneas tienen aquí o allá el aire peculiar del lenguaje porteño.



En el caso de Rubin y Ambrogetti, el tejido de las conversaciones toma la forma de entrevista comentada y el del diálogo con Skorka es una “melodía a dos voces” impregnado por el rocío bíblico.

Al avanzar en la lectura, se me vino espontáneamente la frase del evangelio de San Mateo sacada de contexto que en la versión de la Vulgata latina se ha convertido en máxima: “*Ex abundantia cordis os loquitur*” (“De la abundancia del

corazón habla la boca”). Ese estímulo a la memoria me llevó a buscar su contexto: En una discusión con los fariseos, Jesús respondió a la acusación de que “expulsa a los demonios con el poder de Belzebú, príncipe de los

¹ Editorial Sudamericana, Buenos Aires 2010.

² Editorial Vergara, Buenos Aires 2010.

demonios” diciéndoles: “[...] el árbol se conoce por el fruto. ¡Raza de víboras! ¿Cómo pueden decir cosas buenas siendo ustedes malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. Del hombre bueno, como atesora bondad, salen cosas buenas...” (Mt 12, 24. 34s).

Jorge Mario –no puedo dudarle-- es un hombre bueno, del que salen cosas buenas.

El retrato, pues, que obtuve me llevó a percatarme de varias certezas:

La primera, que el Papa Francisco es un hombre de arraigo en la tierra y en las tradiciones familiares, alguien que, sin negar las raíces de su familia y hablando el dialecto propio en el que sabe citar de memoria viejas sagas y canciones de la región italiana de Piemonte, comparte la “argentinidad” recargada en América Latina. Habló del legado de su abuela, que llenó su infancia de relatos motivadores y ya como obispo y recientemente como Papa, hizo elogio al papel de las abuelas para transmitir la primera llama de la fe, al modo de las mujeres que acudieron al sepulcro en la mañana tibia de Pascua.³ Contó que su padre, sin duda nostálgico del lejano terruño, sólo habló en español con sus hijos y les enseñó con el ejemplo a distinguir entre *país*, *nación* y *patria*: el primer concepto ligado al territorio, el segundo a los elementos jurídicos y de gobierno y el tercero –femenino— a la parte entrañable y de tesoro patrimonial de una comunidad acogedora que cobija e impulsa hacia adelante. De ahí que en sus exhortaciones pastorales en medio de la crisis haya invitado a “echarse la patria al hombro”, a no esperar que otros hagan la tarea que a cada quien le corresponde.

En el corazón de un hogar católico se cultivó su arraigo en los valores cristianos; las prácticas de piedad y el acercamiento a los sacramentos lo condujeron, sin prisas ni presiones, a escuchar la voz divina, sutil y tenue, del llamado al sacerdocio.

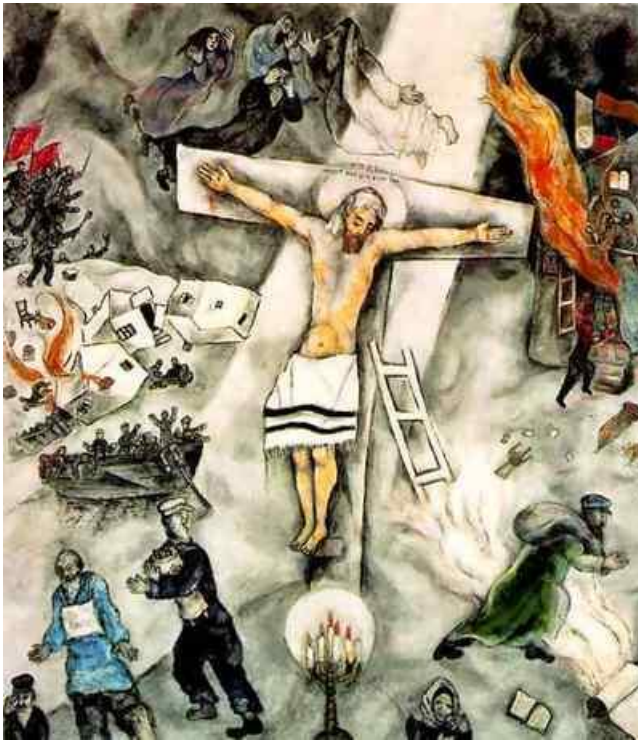
La segunda certeza es que Bergoglio es un hombre de cultura y como buen jesuita, atento a toda voz, venga de donde venga.

Al responder sobre sus contactos con la literatura y el arte, no dejó dudas: Habló de su gusto por la poesía de Hölderlin, el “poeta alemán de la poesía” que abrió caminos tanto de relectura de la tradición clásica grecolatina como

³ Catequesis en la audiencia general del 3 de abril de 2013.

para una nueva sensibilidad ante la Creación. Hizo referencia tanto a una de las obras cumbres de la literatura italiana, “Los prometidos” (“I promessi sposi”) de Alessandro Manzoni, retrato de la sociedad italiana de todos los tiempos con sus defectos y sus virtudes, como a las obras que han retratado con cariño y fuerza a la sociedad marginal argentina: “Don Segundo Sombra” de Ricardo Güiraldes, que muestra la valentía, el honor y la lealtad en quienes eran considerados ciudadanos de segunda clase (de ahí lo de “Sombra”) y la épica nacional, “Martín Fierro” de José Hernández, canto al carácter independiente, heroico y sacrificado de los gauchos.

Interrogado sobre los crucifijos sangrientos, doloridos y deformados de muchas iglesias católicas, no mostró preferencia por ellos y atribuyó su forma y figura a etapas de sensibilidad cultural que no tienen por qué ser únicas ni



permanentes. Habló en cambio de la serenidad de los iconos rusos de Cristo y aludió a “La crucifixión blanca” de Marc Chagall, pintada en 1938 en la víspera de la Segunda Guerra, “que no es cruel sino esperanzadora”, a pesar de los signos sombríos que llenaban el horizonte de la época. Habrá estado quizá de acuerdo con lo dicho por el propio Chagall a propósito de su acercamiento al mensaje bíblico: “Yo no veía la

Biblia, la soñaba” y nos abrió la puerta para no anclarnos en el dolorismo de no pocos “Via crucis vivientes” y rechazar la mucha sangre y poca redención de “La pasión de Cristo” de Mel Gibson, a favor de la luz de la esperanza, brillante también en la cruz.

Cuando la conversación se orientó al cine, no dudó en apuntar a “La fiesta de Babette” del cineasta danés Gabriel Axel, parábola visual que contrasta el gris cerrado del puritanismo protestante con el festivo color del catolicismo: “[...] Cuando llegó la fresca de la libertad, del derroche de una cena, todos

terminan transformados...esa comunidad no sabía lo que era la felicidad. Vivía aplastada por el dolor. Estaba adherida a lo pálido de la vida. Le tenía miedo al amor.” No podemos dejar de recordar el derroche del perfume “de trescientos denarios” de María frente a la mezquindad de Judas que quería hipócritamente (“porque era ladrón”) “darlos a los pobres.”

Esos elementos forjan un sustrato definido de la personalidad del pontífice. Su tradición familiar y su cultura, sin embargo, no son todo el entramado de su ser. No es un erudito, un crítico de arte o un admirador de la belleza en sí misma. Ha forjado su recia personalidad dialogando por los caminos de la vida. Pues si aprecia las luces que resplandecen en la cultura, sabe bien y lo afirma, que en la sociedad contemporánea, tan dada a escoger de modo individual lo que “gusta” y lo que “disgusta” y tan centrada en las imágenes y los impactos, puede darse “una reducción de lo religioso a lo estético” y una confusión entre la ética y la estética. El ocultamiento detrás de conceptos pulidos de realidades inhumanas es una estrategia de quienes dictan parámetros culturales y en último término, del “maligno”, el “enemigo de la naturaleza humana”. Así, por ejemplo, decir “derechos reproductivos” reduce el mensaje emotivo de “aborto” y términos cercanos; “matrimonio igualitario” suprime la complejidad del llamado “matrimonio entre personas del mismo sexo” y el humanísimo espacio de la paternidad, la filiación y la fraternidad. Ya Hanna Arendt había encontrado este vaciamiento de contenidos conceptuales y afectivos en la ideología nazi. No debe extrañar que estos asuntos sean motivo de controversias políticas y por ello mismo están abiertos a la palabra que viene de la religión y en especial desde los cristianos, pues “todo lo humano ha de encontrar eco en el corazón del discípulo de Cristo.”

Por todo ello, el Papa Francisco es ante todo un hombre de Dios y citando a San Ignacio de Loyola, “un hombre de Dios para los demás.”

2.- Un camino desde Dios y hacia Dios.

A propósito de la presencia de Dios, le dijo Bergoglio al rabino Skorka: “[...] Diría que a Dios se le encuentra caminando, andando, buscándolo y dejándose buscar por Él.”

Y ese camino desde Dios y hacia Dios es el itinerario cristiano y quiere ser el del obispo de Roma que inicia su ministerio. Con este caudal llegó a la sede del apóstol Pedro.

El Papa Francisco comenzó este nuevo camino con signos no fingidos de humildad personal que mandaron al mundo un mensaje de servicio y no de poder. El mismo nombre que escogió, en referencia directa al santo de Asís, el buscador pacífico de “la perfección del santo Evangelio”, lo dio a entender. Pero estos signos no son un fin sino un medio; manifiestan una sensibilidad, un estilo, un programa y unas prioridades que tendrán que reflejarse en las actitudes de la gran comunidad de los católicos.

Unos apuntes preparados para una de las reuniones previas al cónclave por el todavía cardenal Bergoglio, divulgados con el permiso del autor por el cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, exponen su proyecto de Iglesia y de pontífice. Ahí escribió: “[...] Una Iglesia llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no sólo geográficas sino también existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y la prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.”

“Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y se enferma. Los males que a lo largo del tiempo se dan en las instituciones eclesiales tienen raíz de autorreferencialidad, una suerte de narcisismo teológico...La Iglesia, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia, deja de ser *mysterium lunae* (el sacramento de la luna)⁴ y da lugar a ese mal tan grave que es la *mundanidad espiritual* (según De Lubac,⁵ el peor mal que le puede sobrevenir a la Iglesia). Ese vivir para darse gloria unos a otros...”

“Esto debe dar luz a los posibles cambios y reformas que haya que hacer para la salvación de las almas.”

⁴ Es decir, el reflejo del Sol, Jesucristo, y por consiguiente sin luz propia. (Figura muy querida por los Padres de la Iglesia de los primeros siglos cristianos y rescatada por los teólogos precursores del Concilio Vaticano II).

⁵ El Padre jesuita Henri de Lubac y más tarde cardenal (1896-1991) fue uno de los teólogos más lúcidos del siglo XX, que abrió horizontes novedosos de pensamiento anclados fuertemente en la tradición, sobre todo de los Padres de la Iglesia. Dirigió junto con el Padre Daniélou las ediciones críticas de la herencia patristica bajo el título de *Sources Chrétiennes* (Fuentes cristianas). Valorizó de la modernidad los elementos de la subjetividad, la historicidad y la realidad existencial y los integró en su pensamiento. Esta cita es probablemente de su *Meditación sobre la Iglesia*, publicada por primera vez en francés en 1953. Ahí también escribió: “Desdichado el que pretenda mantener encendida su llama rechazando a la Iglesia.”

“Pensando en el próximo Papa: un hombre que, desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo ayude a la Iglesia a ser la madre fecunda que vive de ‘la dulce y confortadora alegría de evangelizar.’”⁶

A partir de su elección, esta ha sido la ruta de sus acciones y palabras, dirigidas, en el más puro estilo jesuita, a la interioridad humana, a la *conciencia*, el “santuario íntimo donde el hombre dialoga a solas con su Dios.” En la homilía del inicio de su ministerio petrino, el 19 de marzo, expuso con el telón de fondo del testimonio de San José, el custodio de la vida y la escuela de Nazaret, en el lenguaje de la catequesis tradicional: “[...] el odio, la envidia, la soberbia, ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, pues de ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.” Y si la bondad y la ternura son efectos del corazón limpio, la cerrazón y el miedo a ellas secan las raíces de la planta que es el ser humano y cierran el paso a la acción de Dios que acompaña y purifica nuestros caminos. En su charla con Skorka, ambos dedicaron amplias reflexiones al misterio humano, a la realidad del bien y el mal, vistos con los ojos de Dios, tal como lo presentan Job, el Cantar de los cantares, los Salmos y los Proverbios. En una intervención posterior, Francisco añadió: “A veces tenemos miedo de las sorpresas de Dios” y en la conmemoración de la entrada mesiánica de Jesús a Jerusalén –el Domingo de Ramos-- afirmó: “Con Cristo el corazón no envejece.”

El llamado a reconocerse en el amor de Cristo subió de tono al tocar el tema de la unción sacerdotal que hace a algunos hombres ministros de la vida sacramental y pastores. Sin levantar la voz pero con fuerza y tino, enunció puntos clave de la crisis sacerdotal de nuestro tiempo: “[...] La insatisfacción de algunos sacerdotes que terminan tristes y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o de novedades, proviene de salir poco de sí mismos y perderse lo mejor de nuestro pueblo...en vez de mediadores se han convertido en gestores...Os pido: ¡que seáis pastores con el olor de la oveja! Y que así se perciba.”

⁶ El texto completo de estos apuntes y la copia fotográfica del manuscrito pueden consultarse en la página electrónica de la revista *Palabra Nueva* de la arquidiócesis de La Habana (www.palabranueva.net). La última cita es de la exhortación apostólica de Paulo VI, *Evangelii Nuntiandi*, sin duda la “carta magna de la evangelización.”

“La unción no es para perfumarnos nosotros mismos, ni mucho menos para que la guardemos en un frasco, ya que el aceite se pondría rancio... ¡y amargo el corazón!”

“Nuestra gente agradece el evangelio predicado con unción, agradece cuando llega a su vida cotidiana, cuando baja como el óleo de Aarón hasta los bordes de la realidad, cuando ilumina las situaciones límites donde el pueblo fiel está más expuesto a la invasión de los que quieren saquear su fe. Nos lo agradece porque siente que hemos rezado por las cosas de su vida cotidiana, por sus penas y alegrías, por sus angustias y sus esperanzas...”⁷

3.- La Iglesia, tarea de todos.

Las tareas del Papa son muchas y pesadas. La responsabilidad es tal que parece sobrehumana. La soledad ante las decisiones parece patética.

Pero si alguien no está solo, es él.

Está consciente de la palabra del Señor a Pedro: “Yo he rogado por ti para que tu fe no decaiga; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.” (Lc 22, 32). Está consciente de la oración constante del pueblo encomendado y del “poder de los sin poder” quienes le han demostrado de mil formas su apoyo en la oración, la solidaridad y el trazo del futuro.

Buen número de escritores poco cercanos a la comunidad eclesial han visto claras señales de esperanza para el mundo en las líneas centrales del pontificado que empieza. Algunos ideólogos laicistas han esbozado el “beneficio de la duda” y otros han preferido permanecer en su “torre de marfil” autoalimentada. Medios impresos liberales han repetido lugares comunes sobre lo que el Papa “debe hacer”, sin salir de una concepción monolítica de las instituciones eclesiales y sin poder tener en cuenta que buen número de posiciones en el ámbito público son convicciones enraizadas en la antropología bíblica y no elementos cambiables de acuerdo a los vientos que soplan. Además, poco tienen en cuenta —pues a algunos les da vértigo sólo pensarlo— que la historia de la humanidad se encuentra en un punto de quiebre de civilización y de intento de predominio de la cultura de la muerte, del desecho y de la individualidad cerrada. Las problemáticas que afectan a los

⁷ Homilía en la celebración de la Misa crismal, Jueves Santo, 28 de marzo de 2013.

cristianos y a los creyentes en general son las del mundo, pero éstos tienen de dónde asirse y por consiguiente no han de dar lugar al miedo. Tanto la postura apocalíptica como las de “echar culpas” o desentenderse, dañan la identidad humana en forma grave. Con ellas no puede condescender el discípulo de Cristo.

Su Santidad sabe que cuenta con una comunidad de creyentes extendida por todo el orbe con riquezas variopintas en lo cultural e inserciones y compromisos diferenciados en todas las áreas humanas. Sabe también que existe la superficialidad y la incongruencia en muchos. Sabe sobre todo que cuenta con el “dinamismo evangelizador de los pobres” y que éste es el más propio del seguidor de Jesús.

Mira desde su sede romana los retos de un mundo en transformación, paradójico y anhelante, como nunca dotado de comunicación instantánea pero también como nunca encerrado en la cerrazón al prójimo. Parece que se escuchara la voz de Caín: “¿acaso yo soy el guardián de mi hermano?”

Mira a Europa, continente de vieja cristiandad amortecida en su dimensión civilizadora, con destellos todavía de grandeza, pero en muchos de sus habitantes cerrada por una secularización amplia y profunda.

Mira a América Latina que, a pesar de la extensión de la violencia y del mapa de la pobreza en sus naciones, tiene potencial para reanimarse a seguir siendo, desde sus raíces cristianas, el “continente de la esperanza.”

Mira a África, el continente desconocido y para muchos “prescindible”, pero de gran crecimiento cristiano y por consiguiente, forja de novedad y dinamismo para la Iglesia entera. Pronto recibiremos lecciones desde allá.

Mira al Medio Oriente, con sus comunidades cristianas dispersas y amenazadas, poseedoras de un precioso tesoro de tradiciones espirituales y culturales que merecer ser conocidas, apreciadas y —por qué no— asumidas en su núcleo.

Mira al Lejano Oriente, cerrado todavía en su gran extensión al anuncio del Evangelio tanto por motivos culturales arraigados como por el sostenimiento de la ideología de la guerra fría en China y su zona de influencia.

Mira a Estados Unidos donde la Iglesia católica creció en un país de inmigrantes y logró ser con el trabajo de los cardenales Gibbons, Mundelein, Spellman y Cushing, elemento integral de la sociedad. Ahora la crisis que ha

afectado los valores nacionales y ha hecho de “A nation under God” (“Una nación bajo Dios”), “A nation under lawyers” (“Una nación bajo los abogados”) ha tocado fibras sensibles de la Iglesia y la ha lastimado. No creo que pueda plantearse una duda razonable de que no vaya a salir adelante.

Recientemente, en un ámbito más general, la difusión de “escándalos” relacionados con la efebofilia (que no siempre pedofilia) en personas y comunidades sacerdotales y religiosas, la sustracción de documentos que se encontraban cubiertos bajo secreto por respeto a las personas y supuestos o reales movimientos financieros sospechosos, ha tomado lugar en la opinión pública. El Papa Benedicto XVI fue valiente en asumir estos asuntos como retos; no hay duda que el Papa Francisco irá al fondo de ellos sin dañar la dignidad humana.

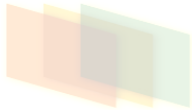
Una realidad que de alguna forma afecta a México es el de la congregación de los Legionarios de Cristo cuya triste situación no se reduce al caso de su fundador. Casi me atrevo a decir que se trata de un caso colectivo de “mundanidad espiritual” difícilmente superable. Delante se encuentra la enorme tarea de suplir la “fachada” sacerdotal por la profundidad de la entrega pastoral, reorientar el apostolado laical del “Regnum Christi” y trocar el “barniz superficial” de formación cristiana en sus instituciones educativas por la siembra de la semilla evangélica. ¿Habrán “madera” entre ellos para lograrlo? La gracia de Dios no faltará, pero, ¿la docilidad interior?

Es indudable que el Concilio Vaticano II proveyó y provee elementos para una auténtica reforma en la Iglesia la cual ha de partir y seguir por los cauces de la escucha atenta y amorosa del Evangelio: el equilibrio entre la Curia Romana y las Conferencias Episcopales que llevaba ya camino andado, tendrá que reforzarse; el ecumenismo y el diálogo interreligioso habrán de ser elementos fundamentales junto con el diálogo con los forjadores de la cultura independientemente de su afiliación creyente o no creyente, que ayudarán a insertarse de manera crítica pero sin miedos en el mundo que viene.

La observación de un haz de elementos en torno al comienzo del pontificado del Papa Francisco me ha llevado por estos senderos de percepción y análisis que comparto por escrito. Sin embargo, es en el ámbito de la fe en el que se cobija una esperanza que no es solamente apuesta a un futuro diferente sino el

triunfo de la vida sobre la muerte en el más amplio de los horizontes. El apóstol Pedro dejó este legado no sólo para las comunidades de su tiempo sino para las de todos los tiempos: “Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia, a través de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho renacer para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera...Por eso viven alegres aunque un poco afligidos ahora, es cierto, a causa de tantas pruebas.” (1Pe 1, 3s. 6).

Jala, Nayarit, 3 de abril de 2013.



olimon.org

manuel olimón nolasco

historiador

